

UNAMUNO ANTE EL PROTESTANTISMO

JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS¹

RESUMEN: La importancia del tema religioso en Unamuno le lleva a conocer la teología protestante. Y encuentra en ella la cercanía de la Palabra y la interiorización que el filósofo necesitaba. Sus lecturas le hacen bien porque es esa renovación de una vivencia religiosa, de un hombre nuevo ante la gracia, y no una religión basada sólo en los dogmas lo que Unamuno busca.

PALABRAS CLAVE: religión; conciencia; gracia; hombre nuevo.

Unamuno and the Protestantism

Abstract: The importance of religious topic in Unamuno's thought made him become acquainted with Protestant Theology. In it, Unamuno found the closeness of the Word and the depth of religious experience that he was in need for. For what Unamuno was seeking was not simply a religion based on dogmas, but rather the renewal of his religious awareness, the tangible feeling of being a new person before God's grace. And he found it in the reading of such texts.

Key Words: religion; consciousness; grace; new person.

INTRODUCCIÓN

Unas breves líneas para recordar la importancia del tema religioso en Unamuno. Todos conocemos bien la fe y el fervor inocente de su infancia, así como el distanciamiento que supuso su llegada a Madrid en 1886 para estudiar la carrera, aquí se encontró con un imperante positivismo, leyó profusamente a Spencer, James, Taine, W. James, etc. y se sintió subyugado ante estas lecturas. No obstante, de nuevo hay un cambio en torno a 1897 pues es el momento en se origina la llamada crisis espiritual, y a partir de esa fecha el tema religioso en Unamuno será central y vital (Ribas, 2002)².

En efecto, hay algunas características muy importantes que hacen muy significativa esta crisis: el acercamiento directo y continuo a la lectura de las Sagradas Escrituras, incluso se sabe que lee de modo sistemático un

¹ Universidad Autónoma de Madrid. Correo electrónico: juana.sanchez-gey@uam.es.

² Todos los estudiosos de Unamuno narran con precisión este proceso.

capítulo diario del Nuevo Testamento (Round, 19780). Este dato que supone el cambio de mentalidad y de costumbres en su vida, lo orienta también en un claro sentido. Pues Unamuno no buscó un texto castellano, como es la Biblia del P. Scío, traducción completa y ortodoxa desde 1790, sino que leyó el texto de Cipriano de Valera que era altamente sospechoso para la ortodoxia católica. Prontamente se acerca, pues, al protestantismo a través de este monje jerónimo y humanista, cuyos textos se encuentran desde 1667 en el Índice de Libros prohibidos, porque esta Biblia conocida como la del cántaro, se inclina al iluminismo erasmista y se encuentra cerca del movimiento reformista. El erasmismo tuvo en España una gran recepción, se cuenta que Cervantes y el mismo Ignacio de Loyola lo leían, atraídos por una verdadera exigencia moral y una religiosidad íntima, al mismo tiempo que un rechazo a la piedad supersticiosa común en esa época, a la corrupción del clero y al exceso de un culto sólo exterior.

En una carta de 1898 a su gran amigo Jiménez Ilundain le dice que siente el deseo de difundir el Evangelio y en 1900 le escribirá al filósofo uruguayo José Enrique Rodó y le dice que «lamentaba que en España no hubiera existido un Lutero español». Este sentido reformista es el que Unamuno quiere acometer en su vida y en la sociedad española; por ello en 1903 escribe también a Pedro Múgica en los mismos términos: «Desde hace algún tiempo, desde que pasé cierta honda crisis de conciencia, se va afirmando en mí una profundísima persuasión de que soy un instrumento en manos de Dios para contribuir a la renovación espiritual de España».

Las obras de Unamuno de estas fechas ahondan en estas cuestiones y originan un nuevo rumbo en su pensamiento, así ¡Fuera credo! de 1897, *La vida es sueño* de 1898, *Nicodemo el Fariseo* de 1899 y los tres tratados publicados en 1900 de *Adentro*, *La ideocracia* y *la fe*. En efecto, el 13 de noviembre de 1899 Unamuno imparte en El Ateneo de Madrid una conferencia *Nicodemo, el fariseo*, que luego publicará. En dicha conferencia toma como referente el personaje neotestamentario de Nicodemo, de este modo expone las actitudes religiosas que prefiere subrayar. Destaca el amor a la figura de Cristo y el abandono de dogmas que siempre generan guerras entre los estrictamente ortodoxos y los heterodoxos. Así mismo reconoce la paz y la sabiduría frente a un racionalismo intelectualista. Su propuesta es la de la reforma de un cristianismo rígido en sus formas para que sea más vivo y liberal. Este es el cristianismo de sus obras maduras: *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y *La agonía del cristianismo* (1924).

Todas estas ideas las subraya también en sus primeros artículos, a raíz de la crisis, como por ejemplo el de *La fe* (1900) donde crítica un cristianismo sin vida que se cierra a sí mismo en los muros de la Institución

El intelectualismo es quien nos ha traído eso de que la fe es creer lo que no vemos, prestar adhesión del intelecto a un principio abstracto y lógico, y no confianza y abandono a la vida, a la vida que irradia de los espíritus, de las personas, y no de las ideas, a tu propia vida (Unamuno, 1900).

Esto mismo podemos verlo en su obra *Mi religión* (1907), en la que expone esta forma personal y libre de entender la vivencia religiosa: «Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesantemente e incansablemente con el misterio» (Unamuno, 1907).

Su religión, en efecto, como su pensamiento estaba cerca del sentimiento, de la vivencia encarnada en el hombre que goza y que sufre, y, por tanto, alejado, del intelectualismo y también de cualquier frivolidad que no responda a una fe vivida y sentida. Todas sus obras están impregnadas de esta búsqueda de la fe, de una religión viva y escatológica, pues es la inmortalidad del alma lo que realmente le preocupa. Son muchas obras las que tratan este tema central, por ejemplo en su ensayo *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), en el que don Quijote es el pretexto para defender una vivencia sincera de la religión. Por tanto, en esta reflexión rechaza toda corriente filosófica positivista y racionalista y, por otra parte, es una defensa de la religión como práctica auténtica que ha de llenar la vida de toda persona en su esfera espiritual, pero también en toda su vida, animando cualquier actividad, sea esta social o política. En el artículo *Mi religión* publicado en *La Nación* de Buenos Aires (1907) expresa una reflexión central «Mi religión es buscar la verdad» y ya su posterior obra como *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y *La agonía del cristianismo* (1924) explicitan su deseo de reforma de un catolicismo dogmático frente a un protestantismo vivo.

Cirilo Flórez llega a decir: «[Unamuno] viene a ser, juntamente con Pascal y con Kierkegaard, uno de los tres grandes pensadores cristianos disidentes cuyas objeciones a la Iglesia oficial desafían el paso de los siglos» (Flórez, 2014; 2011). Ahora bien, si esto es así, entonces la pregunta se refiere a si era esta concepción de la religión la que le lleva al protestantismo y le aleja de las lecturas de pensadores católicos.

1. EL ACERCAMIENTO A LAS LECTURAS PROTESTANTES

Podemos adelantar algunas preocupaciones que le acercan directamente al protestantismo y que son principalmente:

- El libre examen exegético
- La libre conciencia

- La ausencia de mediaciones
- La fe por pura gracia

En una carta a Luis de Zulueta le dice:

Desde que me he metido a leer a los pensadores brotados de la izquierda protestante, del libre pensamiento nacido de la reforma, he encontrado un pensamiento que enraíza mejor en mi corazón y arregla la constante lucha de éste con la cabeza, llevándolos, si no a un acuerdo, a un compromiso durable, a una guerra amistosa (Unamuno, 1972, p. 22).

Unamuno siempre se había interesado por la vivencia de la religión de forma íntima, era seguidor de la mística española del siglo XVI, y sobre todo propone una verdadera reforma y ésta es la que le acerca a las lecturas protestantes, durante un período que va de 1897 a 1907. Así le dice a Rodó:

Y yo me siento protestante, en lo más íntimo del protestantismo (Harnack, Ritschl, Hermann, etc... me han convencido de ello)... Y yo se lo repito, me siento con alma de luterano, de puritano o de cuáquero, el ideocratismo latino y su idolatría me repugna, me repugna su adoración a la forma y su tendencia a tomar la vida como obra de arte y no como algo formidable y serio. Mi alma es luterana (Unamuno, 1970, p. 323).

Su filosofía va acorde con su reflexión acerca de la religión, así cuando se aleja del positivismo y por tanto de sus lecturas de Spencer, Williams James, etc... se adentra en una razón cordial, más intuitiva y poética. En este sentido, Cirilo Flórez afirma que elabora una «nueva filosofía» en la dirección de la búsqueda de un «hombre nuevo» y la de «pensar a Dios» desde ese «hombre nuevo» (Florez, 2014, p. 18). Ahora bien, ese acercamiento a Dios se realiza a través de las lecturas de autores protestantes que el mismo Unamuno señala y estos son Ritschl, Hermann, Harnack y Holtzman. Del primero se interesa, especialmente, por la doctrina de la justificación y la reconciliación.

En carta a Jiménez Ilundain le dice: *Leo la Leben Jesu (Vida de Jesús)* de Holtzman. He vuelto a mis estudios religiosos. Sin pasar por la inquietud religiosa, creo que no puede llegarse a calma alguna fecunda, ni aún a la irreligiosa.

Estos autores pretenden continuar la reforma de Lutero frente a posturas conservadoras, que vengan tanto de protestantes como católicas, aunque Harnack se interesa por la piedad y el culto católicos, al mismo tiempo que se distancia en la doctrina de la salvación, que Harnack defiende con certeza indubitable.

Expondremos un breve excursus sobre el planteamiento de estos autores y su influencia innegable sobre Unamuno:

Albrecht Ritschl (1822-1889), puede considerarse el maestro de este grupo de autores conocidos como la «izquierda protestante». Presentaba una clara defensa del Evangelio y, por tanto, una fe directa y no derivada de dogmas o preceptos legales y formales. Ahora bien, su reforma religiosa iba también unida a argumentos patrióticos y nacionalistas. Unamuno se fija no tanto en estos aspectos, pero sí en su fe clara y viva junto a la afirmación de la voluntad humana, defensa muy querida para Unamuno. Lo importante es actuar junto a Dios que quiere fundar el reino en la tierra, el reino de Dios está aquí y el compromiso es con la historia, por tanto, el pecado humano obstaculiza este deseo divino. La doctrina de la justificación o del perdón llega a través de Jesucristo que nos reconcilia con el Padre y purifica toda desconfianza. Por tanto, para Ritschl es tan importante la relación con Dios como la vivencia ética, lo cual en Unamuno es clave porque subraya siempre la conducta humana, la razón moral.: «A Ortega y Gasset dile que le escribiré pronto; que ando atareadísimo, sobre todo en leer. Que la *Historia del pietismo*, de Ritschl, me está siendo luminosísima y que estoy volviendo a chapuzarme en Platón» (Unamuno, 1970, p. 13).

Hermann Wilhelm (1846-1922), fue profesor de Bultmann y de Barth, escribe *El comercio del cristiano con Dios* (1886) donde se subraya la teología del sentimiento. Hermann defendió sobre todo que Cristo es un modelo ético a seguir, lo cual prima la inmanencia frente a la trascendencia y divinidad de Cristo. Ante un mundo dominado por la ciencia, intenta mostrar un cristianismo que perfecciona el mundo interior, porque descubre que la formación humana conduce de modo más cierto a la verdadera felicidad. Busca en Cristo el ideal místico de unión de amor con el Padre, aunque no quiera dejarse atraer por la mística.

Harnack (1851-1930), discípulo de Hermann, escribió una monumental obra *Historia de los dogmas* (1886-1890) en la que expone su rechazo de los dogmas, incluso de la metodología que se sigue para su formulación, por lo que construye una historia sin dogmas. En este sentido, Unamuno también construye su obra en un intento de «tejer destejiendo». Su aspiración central es la de demostrar que el Evangelio no se debe identificar con los dogmas. Crítica también el fuerte helenismo inmerso en el cristianismo, y, como Ritschl está convencido de que la fe descansa en la obra de Cristo y no en estudios teológicos acerca de su naturaleza. No obstante, Harnack admira la mística y en ello se acerca más al catolicismo.

Muchos estudiosos dan cuenta de la lectura de la *Historia de los dogmas* por parte de Unamuno alrededor de 1907, y aseveran que esta obra es la

fuentes de algunas de sus ideas de matiz liberal, que subrayan el cristocentrismo al mismo tiempo que el retorno al Padre. Ahora bien, a Unamuno le estorbaba aún más que el dogmatismo el clericalismo, el dogmatismo lo interpretaba como mero historicismo. Su interés por Harnack se debe a que este autor es crítico de la «helenización del cristianismo», como hemos dicho, pues supone una racionalización del evangelio, lo cual es propio de doctrinas gnósticas. El protestantismo liberal se centra en una espiritualidad evangélica-luterana, que proclama la libertad de conciencia.

En 1903 Unamuno dice respecto a la *Historia de los dogmas*: «La atenta lectura de la fundamental obra del doctor Harnack [...] me ha enseñado, respecto a la escolástica, más que cuantas historias de la filosofía he leído» (Orringer, 1985, p. 19)

Además, de los teólogos alemanes Unamuno también conoce a grandes pensadores católicos franceses, como Renan (1823-1892). Algunos estudiosos piensan que la obra de Unamuno *Recuerdos de niñez y mocedad* están escritas a imitación de las *Memoires d'enfance et de jeunesse* de Renan (Fernández Turienzo, 1989, p. 295), y, en efecto, ambos abandonan pronto la fe por creer que es incompatible con la razón de la ciencia positiva. Fernández Turienzo afirma que Unamuno se interesa más que por el protestantismo por realizar una forma de transmitir el cristianismo en su época. De este modo, tras las lecturas alemanas se interesó por Chateaubriand, De Maistre, y entre los españoles leyó a Donoso Cortés.

2. LA PROPUESTA DE UNAMUNO

Toda esta teología liberal que tuvo su auge en el siglo XIX en Alemania es historicista e ilustrada, por tanto, defienden una exégesis bíblica contraria a los dogmas. Este rechazo a dogmas y a tradiciones era la manera que Unamuno tenía de acercarse a la Biblia, pues la entendía como cultura y como ciencia, desposeyendo a la obra de un carácter sagrado lleno de metáforas en las que no creía. En toda esta teología era clave la libertad de conciencia. Entre los fundadores se encuentran Reimarus, Lessing y Schleiermacher que se propusieron hacer asequible el cristianismo, mas a fuerza de reducir su misterio y carácter sagrado.

La experiencia nos dice que en los momentos coyunturales en los que la fe y la razón han querido separarse, sea porque se busque una razón que atienda sólo a la realidad concreta, como es el caso del nominalismo, o sea porque se potencia el sentimiento y la experiencia religiosa, en el caso de la

teología liberal, lo cierto es que esta separación de razón y fe lleva a restar esfuerzos y empobrecer tanto a la teología como a la filosofía.

Nuestra pregunta se refiere a la predilección de Unamuno por esta línea de la teología liberal alemana de su tiempo y, sin embargo, el distanciamiento de los grandes autores católicos, entre ellos los franceses. Hemos visto que la sensibilidad de Unamuno está más cerca de la vivencia de la religión como una forma de vida, nunca como un dogma al que hay que rendirse. Este pensamiento lo viene desarrollando desde su crisis espiritual, como hemos señalado, y en muchos de sus escritos, como es el ensayo *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905). Don Quijote proclama un ideal de vida y una religión que se encarna en el verdadero yo, en el más profundo y auténtico, en la íntima conciencia, mientras el dogma es lo exterior y abstracto, lo eclesial, lo oficializado. En artículos como *Mi religión* (1907) dice que «la religión es cosa del sentimiento», «Es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad». Esta religión que María Zambrano al dirigirse a Unamuno le denomina «religión poética» se inspira en el Espíritu Santo y busca conocer su modo de ser o procedencia, pues porque la verdad viene del Espíritu Santo es una verdad viva, no obstante, el ser humano termina desvirtuándola y la convierte en dogma muerto.

Además de los teólogos, en Unamuno deja honda huella un filósofo con espíritu de teólogo: Sören Kierkegaard (1813-1855). Unamuno descubre en este filósofo su «alma gemela», pues ambos hermanan el pensar y el sentir en las categorías más de pensador subjetivo que el de estrictamente filósofo puro, más filósofo poeta que sólo filósofo, un filósofo del instante en cuanto buscador de la intensidad en el vivir y considerando que esto es la trascendencia; y, especialmente, buscadores de una vida que anhela la verdad para ser vivida en plenitud. Todas estas categorías se pueden pensar desde una interpretación fenomenológica y existencial en la que coinciden. Ambos se alejan de la razón abstracta en el mismo sentido que se acercan a la existencia humana, a su singularidad, lo que importa es el uno, la conciencia se ser alguien.

El pensador vasco estaba convencido que el lector de Kierkegaard podría crecer como cristiano, ahondando en su obra, pues es un pensamiento hondamente religioso y auténtico (Igual Arroyo, 2002, p. 1959).

Unamuno defiende la síntesis de cuerpo y alma en el espíritu, busca esta síntesis, que también pueda explicar la eternidad y el tiempo. Sigue la teología paulina, una teología que desea hacer cosas buenas y que busca pensar a Dios. En este sentido, como dice Cirilo Flórez, se deja guiar por «una teología del espíritu entendida en el sentido de san Pablo y en la línea del estoicismo» (Florez, 2014, p. 32). En efecto, el estoicismo defiende el

espíritu, así dice: «la idea del espíritu, que en el momento del nacer es depositada en la matriz del nacido, iniciando entonces su crecimiento, hacia fuera y hacia dentro, sustancia del ser, Dios que habita en la interioridad» (Florez, 2014, p. 32). Por tanto, esta antropología busca la perfectibilidad de la conciencia humana, porque cada uno es singular y único, y su misión su formación personal, pone el empeño en ser verdadera conciencia. El espíritu no muere. Los ensayos que publica desde 1900 siguen esta línea de pensamiento. Por ello, como hemos citado anteriormente, en *Mi religión* (1907) busca conocer el modo de ser o procedencia del Espíritu Santo porque alienta el espíritu personal, clave de la personalidad humana, que constituye la propia identidad.

La teología protestante que se encuentra en Lutero, en Kierkegaard y en Barth está centrada en el pecado como algo sustantivo. En Lutero la concupiscencia, la incredulidad, la soberbia y el egoísmo son la misma cosa. Kierkegaard defiende que en la conciencia humana se dan las categorías de pecado y de la fe, dos formas contrapuestas, que presuponen la angustia y el conocimiento. Para el escritor danés la religión es siempre más que la ética.

Por otra parte, Unamuno, como venimos diciendo, se interesa por un «hombre nuevo» que vive la fe de forma personal, la fe es más sentimiento y deseo que razón y busca la inmortalidad. «Querer creer, y creer en Dios ante todo y sobre todo es querer que le haya». «La fe es cosa de la voluntad y no de razón», Dios tiene que satisfacer el deseo de inmortalidad del ser humano. Como dice Alain Guy, Unamuno se distingue de Kierkegaard, en «dos particularidades: no se deja, como el autor de *Temor y Temblor*, a un fideísmo perdido, que optaría por uno de los dos términos... para tapan la perpetua batalla; proclama «uno y otro» en constante antinomia...» (Guy, 1989; 326) y porque insiste en la voluntad de hacer buenas obras. La figura de don Quijote, el deseo de una Europa civilizada, la filosofía española *San Manuel Bueno y mártir* son elementos que configuran el deseo de un heroísmo y de una fe que admitiendo lo racional y lo irracional confluyan en lo Absoluto (Guy, 1989, p. 324).

En definitiva, acepta la incertidumbre de la justificación, postura católica frente a la seguridad de la salvación protestante. Y este afán de inmortalidad y el deseo de salvación llenan toda su vida. Hasta llegar a decir en el *Diario Íntimo*: «hoy, a medida que más pienso, más claros se me aparecen los dogmas [de la Iglesia Católica] y su armonía y su hondo sentir (Unamuno, 1968, p. 857). A partir de 1907 Unamuno está más cerca de posiciones católicas.

3. CONCLUSIÓN

A Unamuno le interesan sobremanera dos hechos:

- a) Una antropología que nace desde la más honda conciencia, y la religión es consecuencia de ello. Por eso vive según una relación íntima que le lleva al origen primero del ser concienical. Así dice a Jiménez Ilundain:

A su carta última contestará mi próximo libro, el *Tratado del amor de Dios*. Cada día me siento más cristiano, más creyente en la otra vida y menos positivista, o como usted quiera llamarlo, ¡Y no quiero decirle lo que me parece eso de juzgar como flaqueza de mi espíritu el creer en el Dios personal del cristianismo y en la otra vida! (Unamuno, 1968, p. 13).

Este *Tratado de amor de Dios* que luego se denominará *Del sentimiento trágico de la vida* es una obra de carácter filosófico y religioso que ahonda en el tema de la conciencia como punto de partida de una verdadera vivencia religiosa, en una carta del 9 de mayo también a Jiménez Ilundain le dice que cree en Dios porque tiene experiencia de Él. Y añade: «No soy ni ateo ni panteísta. Me parecen superficialidades las cosas de un Büchner o de un Haeckel. Creo que el universo tiene una finalidad y una finalidad espiritual y ética» (Unamuno, 1968, p. 12).

- b) El segundo es el aprecio por una razón ética, que en teología supondrá un sentimiento aún más elevado y prioritario, esto es, el sentimiento escatológico. Así lo recoge Nelson Orringer cuando en 1912 Unamuno le dice a Alberto Nin Frías (1878-1937, diplomático y escritor de Uruguay):

Cuanto más estudio las últimas derivaciones protestantes más me convenzo de que riñen las más entrañadas aspiraciones del alma de mi pueblo.

[...] el idealismo protestante de los pueblos germánicos debilita y neutraliza nuestra aspiración casi semítica, nuestro anhelo de señales y de otra vida, nuestro realismo religioso que se cifra en lo escatológico (Orringer, 1985, p. 19).

Para Unamuno la religión es la toma de conciencia necesaria para comprender que la vida eterna es la meta de toda vida humana y ésta es una preparación para aquélla. En este sentido, a Unamuno le interesa más la inmortalidad que la salvación. Su alejamiento personal del catolicismo, no obstante, tal vez se deba al rechazo por los dogmas, por la jerarquía del clero, y a una inclinación mayor al diálogo que reconocía en el protestantismo liberal.

REFERENCIAS

- Benítez, H. (1949). *El drama religioso de Unamuno*. Buenos Aires: Universidad.
- Fernández Turienzo, F. (1989). El sentimiento trágico de Unamuno: historia del texto y la dialéctica de la razón y la fe, *Cincuentenario de Unamuno*, coord. Dolores Gómez Molleda, Salamanca, 291-316.
- Flórez, C. (2014). *Miguel de Unamuno. Antología esencial*. Madrid: Tecnos.
- Guy, A. (1989). La trama filosófica-teológica en *Del sentimiento trágico de la vida*. Cincuentenario de Miguel de Unamuno, coord. Dolores Gómez Molleda, Salamanca. 317-329.
- Igual Arroyo, M. J. (2002). *Pensée et existence: Kierkegaard et Unamuno*. Septentrion. Paris: Presses Universitaires.
- Orringer, N. (1985). *Unamuno y los protestantes liberales*. Madrid: Gredos.
- Ribas, P. (2002). *Para leer a Unamuno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Round, N. G. (1978). Versiones protestantes del Nuevo Testamento en el *Diario Íntimo* de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXV – XXVI. Salamanca. 169-178.
- Unamuno, M. de (1900). *La fe*. 1900.
- Unamuno, M. de (1907). *Mi religión*. Buenos Aires: La Nación.
- Unamuno, M. de (1970). Carta a José Enrique Rodó. *Obras Completas*, vol. VII. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de (1970). Carta a Federico Onís. *Obras Completas*, VII. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de (1972). *Cartas (1903/33)*. Madrid: Aguilar.